
Mujeres y niños primero: nuevos rumbos en las políticas anti-inmigrantes

Pierrette Hondagneu-Sotelo*

En noviembre de 1994, los ciudadanos de California votaron la Propuesta 187 que, si se llegara a poner en práctica, negaría la educación, la atención médica y otros servicios de seguridad social pública a los inmigrantes indocumentados y sus hijos. Creo que la retórica que anima el apoyo a esta propuesta refleja un cambio evidente en la histeria anti-inmigrantes de las décadas recientes, igualada tal vez sólo por las argumentaciones que se centraron en los mexicanos y los mexicanoamericanos durante la gran depresión. Distinta de la xenofobia de décadas recientes, la retórica actual centra su atención en el uso de los recursos públicos y se enfoca principalmente en las mujeres inmigrantes, apoyándose en un imaginario tan racista como misógino.

Esta ola reciente de xenofobia es alimentada por múltiples tendencias sociales: el racismo, históricamente construido y políticamente desplegado; el fervor nacional contemporáneo contra la seguridad social del estado, y las crisis finales que enfrentan tanto el gobierno estatal como los gobiernos locales en California. Pero después de analizar los cambios recientes en las narrativas xenófobas, en particular el nuevo hincapié en las mujeres y los recursos que dependen de los impuestos, la 187 también puede ser interpretada

* Estoy agradecida con Michael Messer por haber aguantado nuestras discusiones cotidianas sobre el tema de este ensayo, y agradezco a Edward Park por haberme inspirado el título. Este ensayo fue preparado originalmente para la conferencia "Immigration and Ethnic Communities: A Focus on Latines", que se llevó a cabo en el Julian Samora Research Institute en la Universidad de Michigan, el 28 de abril de 1995. Una versión más breve será publicada en los trabajos de dicha conferencia.

como una reacción ante las pautas cambiantes de la inmigración mexicana a California. La segunda mitad del siglo ^{xx} ha sido testigo de una transformación de un patrón cíclico, predominantemente temporal de migración mexicana a un amplio asentamiento de familias y comunidades mexicanas a lo largo de California. En la medida en que han proliferado cada vez más comunidades bien establecidas de inmigrantes mexicanos en el estado, las representaciones de la "mexicanización" o "latinización" de California han inspirado reacciones hostiles contra estos asentamientos permanentes.

Yo argumento que la xenofobia contemporánea se centra en las mujeres y los niños porque son fundamentales para que se dé el proceso de asentamiento. Desde esta perspectiva, la campaña de la 187 trata menos de la "inmigración ilegal" y más de un rechazo a los inmigrantes mexicanos, y en general a los latinos, y a sus familiares nacidos en Estados Unidos, como miembros permanentes de la sociedad norteamericana.

Comienzo examinando los dispositivos narrativos que enmarcaron y nutrieron la campaña para la 187. Este examen/recorrido ilumina algunas de las similitudes que la actual ola de política antiinmigrantes comparte con las campañas de expulsión dirigidas contra los mexicanos en los inicios de los años treinta. Después, establezco un contraste entre los patrones de tránsito y asentamiento de la inmigración mexicana y analizo los sistemas coercitivos de trabajo y sus implicaciones para la organización familiar. En Estados Unidos, bajo los sistemas de esclavitud y de trabajo contratado, la vida familiar estaba, en efecto, legislativamente fuera de la ley. Desde mi punto de vista, la retórica xenófoba contemporánea es alentada en parte por la suposición de que la vida laboral de los inmigrantes mexicanos debería estar separada de la vida familiar y comunitaria.

Narrativas en contra de los inmigrantes

Aunque las ansiedades de las posturas anti-inmigrantes se construyen en múltiples niveles, son provocadas principalmente por cambios en las pautas de inmigración y por la forma en que dichos cambios son percibidos. En una sociedad donde pesan mucho los medios de comunicación, las expresiones en contra de los inmigrantes son transmitidas a través de imágenes e "historias" que saturan la experien

cia y canalizan las percepciones de la vida cotidiana. En algunos casos, estas historias se pueden volver más reales que la propia experiencia o la evidencia documental, lo que permite a las personas reinterpretar su vida de maneras determinadas por las narrativas dominantes. Sin embargo, estas narrativas no surgen de la moda; de manera distorsionante, reflejan las reconfiguraciones políticas y económicas contemporáneas.

Históricamente, la narrativa xenófoba en los Estados Unidos ha girado alrededor de tres demandas. Aunque las tres demandas o historias son utilizadas típicamente una tras otra en cada campaña en contra de los inmigrantes, una de éstas suele predominar en el panorama. Las historias son reescritas constantemente, y contienen elementos buenos y malos. La asignación de atributos positivos y negativos -tomados del imaginario heroico de los inmigrantes europeos del pasado, así como del imaginario que ve a los actuales inmigrantes del Tercer Mundo como un "problema social"- otorga a estas historias un barniz de veracidad y plausibilidad.

Este *pastiche* favorece la introducción de textos racionalizados. Quiero contar estas históricas genéricas/prototípicas antes de examinar los principales dispositivos narrativos utilizadas en la campaña de la 187 en California.¹

La historia económica va así: los inmigrantes viven empobrecidos en sus países preindustriales, atrasados y pobres, donde son oprimidos y explotados por una élite inmisericorde y pequeña. Sin embargo, los pobres están hambrientos y dispuestos a trabajar duro, así que llegan a la tierra de la oportunidad -los Estados Unidos- a trabajar muchas horas en empleos agotadores, sacrificando su vida comunitaria en aras de mejorar su posición. El problema de este esquema surge cuando los trabajadores inmigrantes ocupan los empleos que pertenecen legítimamente a los ciudadanos norteamericanos y cuando su disponibilidad para trabajar por salarios bajos deprime los salarios de los trabajadores que son ciudadanos norteamericanos.

¹ Mi conceptualización de las demandas xenófobas como una serie de historias se inspiró en una conferencia de Judith Stacey en el Departamento de Sociología, USC, el 9 de marzo de 1995. Ella interpretó el debate sobre los valores familiares como una serie de fábulas proyectadas. Véase su ensayo "Virtual Post-Feminism: Social Science and The Campaign for Family Values" en George Marcus, comp., *New Locations*, de próxima publicación en School of American Research Press, Santa Fe, N.M.

ricos. El punto principal es la competencia económica injusta, donde los trabajadores inmigrantes elevan las tasas de desempleo y abaten los estándares para todos.

En la historia sobre las diferencias culturales, los inmigrantes también vienen de países pobres y atrasados, usualmente de las áreas rurales. En esta historia el interés se centra en las tradiciones culturales, en las lenguas extrañas, las creencias y prácticas religiosas y, tal vez, en rasgos raciales distintivos y colores de piel. En el truncado sueño de la asimilación, el crisol de razas se amarga cuando los recién llegados no aprenden inglés, no están dispuestos a asumir las costumbres de la nueva sociedad, o simplemente fracasan en el proceso de asimilación. Cuando permanecen diferentes y no asimilables, los inmigrantes amenazan romper la unidad.

Finalmente, en la historia del consumo de los recursos del gobierno, los inmigrantes vienen, igualmente, de lugares empobrecidos. Llegan a Estados Unidos planeando construir una mejor vida para ellos mismos, pero no tienen los instrumentos para hacerlo. Al faltarles disciplina, valores morales, educación en serio, y tal vez alfabetismo, su única alternativa es aceptar lo que el sistema les ofrece. Y les ofrece mucho: las mujeres tienen muchos hijos al saber que su cuidado obstétrico está asegurado y que sus hijos tendrán vacunas gratis e irán a buenas escuelas con desayunos calientes y sin pagar colegiatura. No pagan impuestos. Sus criaturas taponan el sistema escolar, pero tarde o temprano lo abandonan. Las hijas se embarazan y los hijos llenan las cárceles. Nótese que la imagen que se proyecta no es la de los inmigrantes prototípicos, sino la de las mujeres inmigrantes -con ciertas características raciales y de género- quienes, junto con sus hijos, vacían las arcas del gobierno, a expensas de los ciudadanos que pagan impuestos.

Estas historias son representaciones caricaturizadas, pero los reclamos xenófobos han logrado obtener apoyo precisamente por su simplicidad. Las tres narrativas tienen distintas líneas, pero comparten una figura villana común y fácilmente distinguible. La desmoralización y remoción de este villano promete una resolución inequívoca. La narrativa de la retórica contra los inmigrantes ha cambiado dramáticamente en la última década. A inicios de los ochenta, el principal reclamo que alimentó la propuesta de restringir la inmigración se basó en el argumento de que los trabajadores indocumentados le quitaban el trabajo a los ciudadanos norteamericanos y depri

mían los salarios. Estas argumentaciones sobre la competencia por los empleos se intensificó durante la recesión de inicios de los ochenta, cuando los cierres de plantas, el desempleo y la disminución del número de puestos fabriles estuvieron muy presentes en la opinión pública. Desde finales de los setenta cuando por primera vez se propusieron medidas para sancionar a los empleadores, hasta que se votó la Immigration Reform and Control Act (IRCA) en 1986, las historias sobre trabajadores desplazados y salarios disminuidos alimentaron el sentimiento contra los inmigrantes y por una legislación restrictiva. Durante la recesión de principios de los ochenta, los políticos y los editorialistas en los periódicos con frecuencia usaron a los inmigrantes como chivos expiatorios de la economía en crisis. Grupos anti-inmigrantes, como la Federation of Americans for Immigration Reform (Federación de americanos por la reforma de inmigración) y el Immigration and Naturalization Service (INS), que no tenían una posición neutral en las discusiones nacionales, echaron leña al fuego. Uno de los esfuerzos más memorables ocurrió cuando el entonces director regional del oeste, David Ilchert, orquestó la "Operación empleos", y hubo una serie de razzias en los centros de trabajo, seguidas de una serie de conferencias de prensa sensacionalistas, que anunciaban el número de empleos -con su correspondiente valor por hora- que se habían abierto gracias a las deportaciones.

Durante este tiempo, los grupos que cabildeaban por las restricciones lograron una preeminencia nacional y sus líderes hicieron la advertencia de que los nuevos inmigrantes y refugiados estaban causando una mezcla de problemas sociales, incluyendo los incrementos fiscales, la delincuencia y hasta, los notables atascos de tráfico y la contaminación ambiental en California. Los argumentos basados en las diferencias culturales y el consumo de los recursos públicos también fueron verbalizados, pero no predominaron.

De estos dos argumentos, la narrativa de las "diferencias culturales", con su enfoque en las habilidades lingüísticas y de educación fue el que tuvo más éxito en movilizar el sentimiento anti-inmigrante. La bien financiada organización nacional "US English" hizo una campaña contra la implantación de programas de educación bilingüe y de boletas electorales en dos idiomas.

Copiando los argumentos verbalizados por sus predecesores sobre los inmigrantes europeos del sur y el este de Europa a principios del siglo XX, estos restriccionistas de la inmigración argumenta

ron que los nuevos inmigrantes de Asia y América Latina eran, después de todo, "demasiado diferentes"; que eran, en última instancia, inasimilables. Como señaló el senador Alan K. Simpson, un defensor importante de la legislación restrictiva, permitir la inmigración significaba la "quebecuización" de los Estados Unidos. Estas narrativas, principalmente las historias económica y cultural, llegaron a su punto máximo en noviembre de 1986, cuando la IRCA fue firmada por el presidente y los votantes en California decidieron que el idioma inglés era la lengua oficial de su estado.

A principios de los noventa, con la campaña por la 187, la narrativa dominante fue la de la disminución de los recursos públicos, que amortiguó pero no silenció las demandas sobre empleos, idiomas o cultura. El lugar de los trabajadores inmigrantes, muy laboriosos, pero empobrecidos, y de las personas cultural y lingüísticamente "diferentes" recién llegadas, como protagonistas de este drama, lo tomaron ahora las mujeres inmigrantes pobres y embarazadas, con sus hijos. En este escenario se representaba a las mujeres inmigrantes pobres pariendo en hospitales de Estados Unidos, financiados por el estado, para que sus hijos obtuvieran la ciudadanía americana al nacer y fueran receptores subsecuentes de los servicios financiados por quienes pagan los impuestos: cuidado médico, asistencia pública y educación. Los inmigrantes y sus hijos constituirían entonces un estrato de clase en aumento, que menguaría los recursos educativos y médicos de los Estados Unidos. Como Harold Ezell, anterior comisionado del INS y coautor de la 187, expresó en un parlamento inspirado en Jesse Jackson: "¿Cuántos ilegales podemos educar, atender, compensar y encarcelar antes de llevar a California a bancarrota?"²

La atención en la campaña en la seguridad social y el hecho de centrarse en las mujeres y los niños dicen menos del uso de los inmigrantes de la asistencia pública de lo que dice sobre las ansiedades que surgen del reconocimiento popular de la creciente población inmigrante latina en California. Los asentamientos latinos ya están inevitablemente establecidos a lo largo de California y son visibles para cualquier observador. En Los Angeles, una de las esta

²Harold Ezell, "Enough is More than Enough: We Can't Afford Illegal Immigration", *Los Angeles Times*, 23 de octubre de 1994, p. M5.

ciones de radio más escuchadas tiene una audiencia predominante de inmigrantes mexicanos y transmite música de banda, un estilo mexicano ranchero que viene del siglo xix, con la influencia de la polka alemana en el estado de Sinaloa. La expansión del mercado en lengua española, los medios de comunicación, la educación (bilingüe) y la reclasificación de los distritos electorales son testimonio de las florecientes comunidades de inmigrantes latinos, muchos de los cuales son mexicanos.

La narrativa xenófoba contemporánea se distingue de la reciente narrativa anti-inmigrantes del siglo xx en que utiliza argumentos que no habían sido tan vociferados desde la Gran Depresión, cuando las demandas sobre los recursos públicos se sumaban a las demandas económicas como un argumento racional para la deportación. Un breve análisis a continuación identifica los puntos similares de ambas campañas.

Paralelos con los años veinte y treinta

La gran depresión provocó la expulsión de medio millón de personas a México, entre quienes había inmigrantes mexicanos indocumentados, residentes legales y ciudadanos norteamericanos de ascendencia mexicana? En esta situación eufemísticamente llamada "repatriación" jugaron un papel importante los grupos ciudadanos anti-inmigrantes, los argumentos sobre el uso que hacían los mexicanos de la asistencia pública y la intervención activa de los trabajadores sociales y las agencias asistencialistas.

En 1931 el gobierno de California y las agencias asistencialistas amenazaron con frenar la asistencia pública a las familias mexicanas y llegaron a pagarles el transporte de regreso a México. Al igual que con la campaña por la 187, estos esfuerzos se concentraron en el sur de California. En Los Angeles las agencias de asistencia y seguridad social promovieron agresivamente la repatriación de hombres, mujeres y niños.³ Miles de familias mexicanas con sus pertenencias carga

³ Abraham Hoffman, *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: Repatriation Pressures, 1929-1939*, University of Arizona Press, Tucson, 1974, p. 126.

⁴ Los mexicanos no respondieron pasivamente a estos ataques. Las comunidades mexicanas organizaron grupos de ayuda mutua que ofrecían apoyo y que protestaban

ron sus automóviles y llenaron trenes en dirección a la frontera.

Aunque la deportación no estaba formalmente organizada, tanto el estado como las entidades no estatales trabajaron por su aplicación. Camille Guerin-González recuenta cómo a principios de los años treinta el director de Los Angeles Citizens Committee on Coordination of Unemployment Relief trabajó para organizar la remoción de los mexicanos de California.⁵ Este grupo de ciudadanos organizó razzias con la policía y los agentes federales de inmigración y también se apoyó en las trabajadoras sociales y las agencias de asistencia pública para la expulsión. Por ejemplo, junto con el Los Angeles Department of Public Charities, el grupo trató de persuadir a los inmigrantes mexicanos legales y a los ciudadanos estadounidenses de ascendencia mexicana de que recibieran asistencia pública para la repatriación. (Repatriación es un término inadecuado para la remoción de ciudadanos estadounidenses que nunca habían estado en México.) Este departamento de "caridades públicas" entrenó a trabajadoras sociales para que instaran a las familias a abandonar el país voluntariamente y también para que amenazaran con la deportación a familias mexicanas que recibían ayuda estatal. Según Guerin-González, concentraron sus esfuerzos en los inmigrantes asentados y en los mexicanoamericanos.⁶ El número de deportados, que contenía sustancialmente mujeres y niños, reflejó el aumento de la migración familiar en los veinte. De hecho, Carreras reporta que entre 1931

por las razzias masivas y por los boicots contra la contratación de mexicanos. Durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), los funcionarios gubernamentales de México recibieron a los repatriados ofreciéndoles tierra y herramientas para que se reestablecieran. Sin embargo, al volverse a establecer en México, los repatriados enfrentaron prejuicios y dificultades emocionales y financieras. Véase Francisco Balderrama,

In Defense of La Raza: The Los Angeles Mexican Consulate and the Mexican Community, 1929-1936, University of Arizona Press, Tucson, 1982; George C. Kiser y Martha Woody Kiser (comps.) ed., *Mexican Workers in the United States*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1976; y Hoffman, op. *cit.*

⁵ Camille Guerin-González, *Mexican Workers and American Dreams: Immigration, Repatriation, and California Farm Labor, 1900-1939*, Rutgers University Press, New Brunswick, NJ, 1994.

⁶ En su libro, *Becoming Mexican American*, Oxford University Press, Nueva York, 1993, George Sánchez ofrece una perspectiva divergente y calificada de los repatriados que dejaron Los Angeles. Señala que "los primeros en irse fueron los migrantes masculinos solos, ya que tenían menos obligaciones familiares y generalmente no habían hecho inversiones en bienes raíces... Aquellos que permanecieron en la ciudad en 1933

y 1933, dos terceras partes de los deportados eran mujeres.⁷ Fue tan exitosa la campaña que para 1940 la población mexicana en Estados Unidos había declinado a la mitad de lo que había sido en 1930.⁸

Lo que es interesante sobre lo ocurrido en los años treinta es que la campaña de expulsión se dio después de un periodo en que una parte significativa de la migración mexicana consistía en familias que se estaban asentando en los Estados Unidos. En los años veinte había muchas más familias en la inmigración mexicana de lo que había habido en décadas anteriores. La crisis económica y la violencia, consecuencia tanto de la revolución mexicana (1910-1919) como de la rebelión cristera (1926-1929), impulsaron la migración de personas que tenían una fuerte motivación para permanecer en los Estados Unidos. Durante este periodo, el florecimiento de la economía estadounidense ofreció empleos urbanos y rurales, y las familias mexicanas se instalaron en los barrios en expansión de Los Angeles, El Paso y San Antonio. Estas comunidades, asentadas en zonas urbanas, pero segregadas, sirvieron como centros de distribución de la fuerza de trabajo para los mexicanos que eran reclutados para las labores agrícolas y para empleos en los centros urbanos en desarrollo."

Hay por lo menos cuatro puntos de congruencia entre los acontecimientos actuales y los de la gran depresión. Primero, el programa de expulsión de los años treinta vino enseguida, un periodo de migración mexicana caracterizado por un aumento permanente de los asentamientos de familias. Segundo, la narrativa sobre "el consumo de los recursos públicos" fue utilizada con eficacia para racionalizar la expulsión, con la participación activa de las trabajadoras sociales y

tendían a ser miembros de una unidad familiar, propietarios de bienes y residentes de por lo menos una década" (p. 221). Sánchez dice que las familias bien establecidas eran la de los mexicanos más arraigados en Los Angeles, pero esto no contradice necesariamente la conclusión de que había familias completas y mujeres entre los repatriados. Sobre este punto véase Mercedes Carreras, *Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929/1932*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1974; Hoffmann, *op. cit.*; y GuerinGonzález, *op. cit.*, p. 83.

⁷ Carreras, *op. cit.*

⁸ Rosalinda M. González, "Chicanas and Mexican Immigrant Families, 1920-1940", en Lois Scharf y Joan M. Jensen (comps.), *Decades of Discontent: The Women's Movement 1920-1940*, Greenwood, Westport, CT, 1983, pp. 59-83.

⁹ Ricardo Romo, *East Los Angeles: History of a Barrio*, University of Texas Press, Austin, 1983.

las agencias de asistencia que se centraron en las mujeres y las familias. Tercero, no sólo los funcionarios gubernamentales, sino también el activismo de grupos de ciudadanos anti-inmigrantes, jugó un papel clave en la campaña. Por último, la repatriación en los años treinta se llevó a cabo durante un periodo de reorganización económica nacional, de la misma forma que los eventos contemporáneos corresponden a los realineamientos capitalistas a nivel global.

*De vuelta al futuro: tratando de deshacer
el asentamiento que las mujeres construyeron*

A principios de los noventa, quienes proponían la restricción de la inmigración cambiaron con éxito la narrativa anti-inmigrante de los argumentos de "desplazamiento de empleos" y de "las deficiencias lingüística y cultural" al argumento del "gasto de los recursos públicos". ¿Qué explica este cambio, más bien abrupto, en la retórica xenófoba? Por un lado, el cambio refleja el agotamiento y la falta de eficacia de las viejas narrativas anti-inmigrantes. En California a principios de los noventa, los votantes aceptaron que no disputarían la mayoría de los empleos de los inmigrantes mexicanos -en el último escalón de las industrias: manufacturera, procesamiento de alimentos, construcción; en los servicios y en la agricultura. Los políticos se dieron cuenta de que la plataforma sobre desplazamiento de empleos no aseguraría la reelección.

De igual forma, los temas de homogeneidad cultural y lingüística, aunque habían inspirado patriotismo y sentimientos moralistas de exclusión, no tenían suficiente peso para animar los ánimos restricciónistas o de expulsión, o tal vez estos argumentos se veían como muy obviamente racistas. Desde el contexto de la política nacional, la 187 se podía ver como parte de un ataque racializado general al sistema de seguridad social, donde las mujeres pobres de color son demonizadas. Por estas varias razones, el argumento racional contemporáneo tras las restricciones a la inmigración ya no se refiere a los empleos y al lenguaje, sino a los recursos que se requieren para sostener la vida cotidiana.

El cambio en la retórica refleja algo más que maniobras urdidas por asesores políticos y políticos desesperados. Refleja profundamente, creo yo, un momento histórico y un reconocimiento silencio

so de que se ha dado una transformación de un patrón de migración de indocumentados mexicanos que son predominantemente temporales a un patrón que se refleja (a lo largo de California) en el amplio establecimiento de familias de inmigrantes mexicanos y en comunidades permanentemente asentadas. En la medida en que se multiplicaron los barrios de inmigrantes latinos y se expandieron más allá de las áreas rurales y los enclaves urbanos, hasta los suburbios los consejos ciudadanos locales los líderes empresariales y los medios de comunicación expresaron sus miedos en la campaña por la 187.

El asentamiento de inmigrantes mexicanos no es, ciertamente, un fenómeno nuevo. Entre 80 000 y 100 000 mexicanos estaban bien establecidos en el territorio mexicano conquistado y reclamado por los Estados Unidos en 1848. Pero los trabajadores mexicanos que migran al norte por trabajo a finales del XIX y durante la primera mitad del XX con frecuencia no se instalaban permanentemente. El patrón prevaleciente tipo "marea" o "puerta giratoria" de la fuerza de trabajo migrante estuvo graduado por demandas estacionales de fuerza de trabajo, recesiones económicas y deportaciones en masa.¹⁰ Aunque algunos empleadores alentaban la inmigración de mujeres mexicanas y de familias completas para estabilizar y expandir una fuerza de trabajo disponible y explotable, muchos otros patrones, asistidos a veces por "programas para braceros" financiados por el gobierno, reclutaban solamente hombres para tener una fuerza de trabajo elástica, temporal, una reserva de mano de obra que podía ser desechada. Los patrones no organizaron el movimiento de trabajadores mexicanos; sin embargo, las necesidades patronales fueron construyendo una estructura particular de oportunidades que dio forma a la migración.

En 1964, el fin del programa de fuerza de trabajo contratada (*contract-labor*) anunció una nueva era de creciente inmigración legal

¹⁰ Jorge Bustamante, *Espaldas mojadas: Materia prima para la expansión del capital norteamericano*, Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos, núm. 9, Colegio de México, México, 1975; Manuel García y Griego, "The Importation of Mexican Contract Laborers to the United States, 1942-64: Antecedents, Operation, and Legacy," en Peter G. Brown y Henry Shue (comps.) *The Border that Joins: Mexican Migrants and US Responsibility*, Rowman and Littlefield, Totowa, NJ, 1983, pp. 49-98; y Alejandro Portes y Robert L. Bach, *Latin Journey: Cuban and Mexican Immigrants in the United States*, University of California Press, Berkeley, 1985.

e indocumentada, caracterizada por el establecimiento de comunidades asentadas permanentemente en áreas geográficas dispersas, así como un uso más diversificado de la fuerza de trabajo mexicana." Para los años setenta los inmigrantes tanto indocumentados como legales habían establecido un número significativo de comunidades asentadas permanentemente en los Estados Unidos, a las que se denominó "procesos de asentamiento o comunidades hijas", y que también han sido nombradas con el término, no por poco afortunado menos ilustrativo, de comunidades sedimentadas.

Las mujeres y sus familias jugaron un papel clave en la construcción de esas comunidades. Investigaciones llevadas a cabo durante los años setenta y ochenta registran una presencia significativa de mujeres en la población de inmigrantes mexicanos indocumentados. Aunque las mujeres mexicanas participan en la migración indocumentada temporal o estacional, se concentran en la porción de población indocumentada estable, donde tienen una representación igual a la de los hombres.

Desde finales de los sesenta, números crecientes de hombres, mujeres y niños inmigrantes mexicanos indocumentados han desafiado una pauta histórica de migración temporal, y se han encontrado, a través de sus actividades cotidianas, comprometidos cada vez más en la construcción de una vida familiar y comunitaria en los Estados Unidos. El "nativismo" contemporáneo, manifestado durante la campaña por la 187, se movilizó no contra los trabajadores inmigrantes o la inmigración ilegal, sino contra la integración permanente de inmigrantes mexicanos en la sociedad norteamericana.

" Entre 1960 y 1980 más de un millón de mexicanos migraron legalmente a los Estados Unidos, sobrepasando cifras anteriores. Sin embargo, los mayores incrementos aparecieron en los registros de aprehensiones de indocumentados. Durante los sesenta el INS registró un millón, y durante los setenta la cifra sobrepasó los 7 millones de inmigrantes mexicanos indocumentados; véase 1980 *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service*, US Government Printing Office, Washington, D.C., 1983. Las cifras del INS de aprehensiones y deportaciones no registran el número de personas, sólo de eventos. En 1986, cuando la Immigration Reform and Control Act hizo posible la legalización para un segmento de la población, los demógrafos estimaron que habían 3.1 millones de inmigrantes mexicanos indocumentados en los Estados Unidos. Véase Jeffrey S. Passel y Karen A. Woodrow, "Change in the Undocumented Alien Population in the United States, 1979-83," *International Migration Review* 21, 1987, pp. 304-323.

Por eso vale la pena contrastar analíticamente las pautas de inmigración temporal y de asentamiento.

Los estudios de orientación marxista sobre la inmigración viajera han señalado que esta pauta está caracterizada por la separación física del empleo y la residencia familiar, así como por la separación de los costos de mantener y reproducir la fuerza de trabajo. Estos arreglos permiten la máxima explotación de los trabajadores inmigrantes, quienes reciben los recursos necesarios para su manutención diaria en el país en que trabajan, mientras que su país de origen carga con los costos de sostener y criar nuevas generaciones de trabajadores (costo de la reproducción).

Los asentamientos, definidos por la unificación de la residencia familiar y el empleo en la nueva sociedad, y del mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo, contradicen este arreglo, ya que dependen de la presencia de mujeres inmigrantes y de familias completas. En los asentamientos los hijos de los trabajadores inmigrantes -la nueva generación de trabajadores- son criados en los Estados Unidos. Los recursos para su sostenimiento cotidiano se derivan de los Estados Unidos, y las familias inmigrantes descubren que deben de adquirir los materiales necesarios para sostener diariamente el mantenimiento y reproducción familiar en una economía con precios más altos que de la que vienen.

Es importante traer a las mujeres al primer plano de la discusión sobre asentamientos al examinar cómo facilitan -en una base cotidiana- el trabajo conjunto de reproducción y mantenimiento de la fuerza de trabajo. Aunque algunas investigaciones académicas han puesto en relieve las grandes contribuciones que las mujeres hacen en los asentamientos urbanos de las ciudades latinoamericanas, las mujeres casi no aparecen en la bibliografía sobre inmigración y asentamientos mexicanos. Poner a las mujeres y sus actividades en el centro del análisis muestra sus contribuciones en tres ámbitos que son clave para los asentamientos: ellas contribuyen a poner la casa y apoyan a los hombres para sostener un empleo permanente todo el año; construyen la vida comunitaria; y se encargan del aprovisionamiento de recursos para el mantenimiento diario y la reproducción familiar. Más adelante retomo investigaciones que realicé en un barrio de mexicanos inmigrantes en el norte de California para mostrar la participación de las mujeres en la construcción de

asentamientos. Debido al carácter de este ensayo, dedico la mayor parte de mi argumentación a la cuestión del aprovisionamiento de recursos y al uso de la asistencia pública.

Primero: las áreas urbanas y metropolitanas favorecen los asentamientos porque ofrecen una amplia gama de oportunidades laborales, relativamente estables, no estacionales, especialmente a las mujeres inmigrantes. Las mujeres inmigrantes contribuyen al asentamiento tanto a través de su propio empleo como de su presencia física, que permite a los hombres inmigrantes trabajar en empleos estables sin las interrupciones que les causan las visitas para ver a sus familias en México.

Segundo: las mujeres construyen comunidad a través de su interacción una con otra, e indirectamente a través de las actividades de sus familias, que entretejen una multiplicidad de lazos con otras familias, amigos e instituciones. Estos fuertes lazos comunitarios emergen de los asentamientos familiares y los alimentan, pues suele ser común que las personas que regularmente interactúan con las organizaciones y otras personas en los Estados Unidos permanezcan por un periodo de tiempo más largo. Las mujeres también son cruciales para el establecimiento de conexiones familiares con asociaciones y organizaciones de tipo secundario. Muchos inmigrantes indocumentados están directamente involucrados con alguna organización formal o de voluntarios de la comunidad, usualmente asociados a las escuelas e iglesias o a grupos de autoayuda.

Tercero: el aprovisionamiento de recursos necesarios para sostener la vida cotidiana juega un papel importante en los procesos de asentamiento. Las familias de inmigrantes indocumentados que tienen niños pequeños enfrentan particularmente un alto costo de la vida, ya que las madres y las criaturas pequeñas requieren cuidados pre y postnatales, y los niños necesitan atención médica, cuidados, guarderías y educación. Las etapas iniciales del asentamiento requieren una inversión substancial, ya que rentar un lugar y adquirir un mínimo de muebles, ropa y utensilios son cuestiones caras. El peso de mantener a dependientes sin salario, más la discontinuidad en el empleo, llevan velozmente a la pobreza. Para enfrentar estas circunstancias, las familias de inmigrantes indocumentados combinan diversas estrategias. Tratan de cubrir los gastos empleando a cuantos miembros sea posible, compartiendo residencia con otras

familias, recibiendo huéspedes pagados, que duermen en salas y garajes. Las familias y los individuos comparten y se prestan recursos entre amigos cercanos, parientes y comadres y compadres de su red social, y se apoyan en mujeres mayores para obtener un cuidado infantil relativamente barato.

Los inmigrantes comparten recursos, pero viven en una economía capitalista de mercado, orientada al consumo. Su paquete básico de necesidades -habitación, ropa, atención médica, transporte y bienes domésticos- está disponible básicamente a través de dinero en efectivo. La reciprocidad entre la parentela y los paisanos puede estirar al máximo esos recursos escasos, pero no produce los recursos que faltan. Estos deben ser comprados en una economía capitalista. Debido a los bajos salarios de los trabajadores inmigrantes indocumentados, al alto costo de la vida en Estados Unidos y al peso de mantener a dependientes sin salario, estos asentamientos de familias requieren a veces apoyos institucionales de recursos públicos y privados. He agrupado estos recursos en tres categorías: compras de crédito y a plazos, asistencia de caridad privada y asistencia pública. Con mi investigación encontré, tal como lo han hecho otros investigadores, que son básicamente las mujeres quienes se especializan en la búsqueda y utilización de esos recursos en los Estados Unidos; y por ello argumento que ésta es una de las maneras en las que ellas promueven los asentamientos.

Es mucho menos probable que los inmigrantes reciban asistencia pública que los nativos. Esto es especialmente cierto en relación con los inmigrantes indocumentados, que son excluidos como beneficiarios de la mayoría de los programas, y que además temen la aprehensión y deportación. Hasta la entrada en vigor de la propuesta 187, los inmigrantes indocumentados eran técnicamente elegibles para recibir cobertura médica para servicios de emergencia y de embarazo, y para los servicios wic (Woman, Infants and Children). Bajo el programa wic algunas mujeres indocumentadas recibían información nutricional y comida suplementaria para sus familias, así como servicios de atención a la salud mientras estuvieran embarazadas, de postparto o estuvieran amamantando. Algunos progenitores indocumentados que no podían ser sujetos de asistencia pública, solicitaron legalmente asistencia para que sus hijos nacidos en Estados Unidos recibieran AFDC (Aid to Families with Dependent

Children), bonos de alimentación (food stamps) y sSI (Supplemental Security Income). Wassey y sus colaboradores han mostrado que la utilización por parte de los inmigrantes mexicanos de los servicios públicos generalmente aumenta con los años de la experiencia migratoria, pero su estudio no señaló la forma en que esta utilización está marcada por el género.

Cuando trabajé con inmigrantes latinos durante el procedimiento de legalización y amnistía a final de 1980, varias personas me "confesaron" que habían -en algún momento y casi siempre de manera temporal- recibido asistencia pública. Muchas personas la usaron como "un último recurso" y hablaban de recibir beneficios públicos con vergüenza y estigma. En casi todos los casos estos recursos fueron usados por las mujeres y los niños. Las familias con bebés y niños pequeños casi siempre requirieron asistencia, y las familias con hijos nacidos en Estados Unidos son elegibles para ciertos programas públicos. Dada la naturaleza del uso de beneficios públicos, no busqué información sistemáticamente sobre la utilización de la asistencia pública: sin embargo, supe de varias formas en que familias encabezadas por progenitores indocumentados, usualmente mujeres, utilizaron la asistencia pública en el pasado. Una mujer, por ejemplo, había aceptado AFDC para su criatura durante un tiempo en el que ella no recibía dinero de su marido y cuando estaba incapacitada para trabajar debido a una enfermedad posterior al nacimiento de su bebé.

La primera vez que cobré conocimiento de que los inmigrantes indocumentados utilizan a veces la asistencia pública fue en los primeros meses de 1987, cuando trabajé en el área de la Bahía de San Francisco, con un grupo de base, de barrio, que organizó un foro público de información sobre IRCA y las disposiciones para la elegibilidad de la amnistía. Después de una presentación base, dividimos a los más de 350 asistentes en aulas de una escuela primaria donde los abogados abordaron los problemas especiales de elegibilidad que enfrentaban los trabajadores agrícolas, las personas con antecedentes penales y quienes ya habían sido beneficiarios de la asistencia pública. Este último grupo tenía el riesgo de que se les negara la legalización, ya que los funcionarios de inmigración podían determinar que probablemente estas personas se convertirían en una "carga pública". La sesión para las personas que habían sido recipientes

(receptores) de asistencia pública estuvo compuesta por una treintena de mujeres; la mayoría de ellas con niños pequeños. No había un solo hombre. Estas son verdades incómodas, pero requieren atención, así como merecen también una amplia difusión en la nueva narrativa sobre los derechos de los inmigrantes.

La campaña por la 187 se enfocó en el uso de recursos públicos por parte de mujeres y niños inmigrantes latinos, pero creo que sus implicaciones van más allá de la mera expulsión de familias y comunidades latinas bien establecidas. En última instancia, la propuesta promete reinstaurar un sistema más coercitivo con la fuerza de trabajo, un sistema basado en una vida familiar más restringida para los trabajadores inmigrantes mexicanos y latinos. Ciertamente existe en Estados Unidos una fuerte herencia histórica de intervención estatal para limitar la vida familiar de trabajadores de origen africano, asiático y latino. Como señala Bonnie Thornton Dill en su recuento histórico: "la raza ha sido un criterio fundamental para determinar el tipo de trabajo que la gente hace y el apoyo social destinado para sus familias". En un ensayo sobre familia, feminismo y raza, Maxine Baca Zinn plantea que en los Estados Unidos "los grupos subordinados en la jerarquía racial frecuentemente son desprovistos del acceso a instituciones sociales que ofrecen apoyos para la vida familiar". Estos análisis, y una breve digresión histórica, ofrecen puntos importantes de partida para comprender las implicaciones de la nueva xenofobia.

A diferencia de los inmigrantes europeos, en Estados Unidos la mayoría de las personas negras fue incorporada a la nación históricamente a través de sistemas coercitivos de trabajo. Estos sistemas -principalmente la esclavitud y el trabajo por contrato- estaban organizados de manera tal para maximizar la productividad económica. Maximizar la productividad de la fuerza de trabajo significaba que se ofrecían pocos apoyos para el sostenimiento de la vida familiar. En algunos casos, la vida familiar estaba negada legalmente.

Bajo la brutalidad de la esclavitud en las plantaciones, los esclavos africanos fueron alentados a formar familias mientras permanecieran bajo el control y la vigilancia del amo. Como las esclavas eran vistas como criadoras (reproductoras) de futuros trabajadores esclavos, se las alentaba a formar familias. Sin embargo, estas familias enfrentaban rupturas debido al tráfico de esclavos y la muerte, y los matrimonios entre esclavos no eran reconocidos legalmente. La

violencia sexual perpetrada por los dueños de esclavos en mujeres negras esclavas ocurría sin castigo; los progenitores luchaban para que sus criaturas sobrevivieran la infancia, y cuando sobrevivían, se les prohibía heredar los efectos personales de sus padres.

Hombres chinos y japoneses fueron traídos a trabajar en la agricultura del oeste inicialmente como trabajadores contratados, y las leyes de exclusión fueron definidas para restringir la migración de mujeres y de familias completas. A pesar de que los trabajadores chinos llegaron a trabajar a Estados Unidos a mediados del siglo XIX, pasó más de un siglo antes de que se formara una segunda generación. Aunque muchos de estos chinos esperaban ahorrar suficiente dinero para regresar a sus casas en China, la Chinese Exclusion Act y las leyes antimestizaje les negaron el derecho a formar familias en los Estados Unidos. Por años, las únicas mujeres chinas a quienes se les permitió la entrada a Estados Unidos fueron las esposas de los comerciantes ricos y las prostitutas, de quienes la sociedad dependía para mantener en orden a las comunidades chinas de "solteros". Al referirse al caso chino, Nakano Glenn señala que la rentabilidad de los sistemas coercitivos de trabajo descansa, en parte sustantiva, en la separación de la vida familiar de la vida laboral: "el modelo de hogar dividido hace posible la máxima explotación de los trabajadores... La fuerza de trabajo de los trabajadores hombres maduros puede ser comprada relativamente barata, ya que el costo de la reproducción y del mantenimiento familiar es costado por el trabajo de subsistencia no pagado de las mujeres y de las personas ancianas en la comunidad".

Este análisis tiene gran relevancia para comprender la propuesta 187. A pesar de que la presencia mexicana en California es anterior al establecimiento de la actual frontera México/Estados Unidos, sólo hay que ir atrás unas cuantas décadas para cobrar conciencia del significado de la propuesta 187. Para los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos, el programa Bracero, un sistema de trabajo contratado que estuvo vigente de 1942 a 1964, institucionalizó tanto la migración temporal como la negación de la vida familiar. Durante esas dos décadas, se llevaron a cabo casi 5 millones de contratos de trabajo con trabajadores agrícolas mexicanos, casi en su totalidad hombres, mientras que muchos otros mexicanos sin contrato encontraron trabajo estacional en los campos. Estos periodos laborales re

querían largas separaciones familiares, que iban de unos meses o años a décadas, con breves visitas de vez en cuando. En un momento dado, estos hombres utilizaron sus crecientes contactos sociales para buscar empleos en las ciudades y suburbios en desarrollo de la California de después de la guerra. Subsecuentemente, las mujeres mexicanas se reunieron con ellos en las áreas comerciales y residenciales, y también encontraron trabajo en distintos nichos económicos. Hoy en día, mujeres y hombres mexicanos rechazan la larga separación de la vida comunitaria y familiar que implica el trabajo. En este proceso, son básicamente las actividades cotidianas de las mujeres las que están permitiendo llevar a cabo una vida menos dividida.

Quienes propusieron la enmienda 187 parecen estar operando con la idea de que se puede y se debe modificar esta pauta. Esto equivale a desear una fuerza de trabajo sin seres humanos. Hoy, muchos trabajadores inmigrantes y sus familias han desarrollado fuertes lazos personales, sociales y económicos en los Estados Unidos. Estas familias están firmemente integradas y arraigadas. Cuando no están trabajando, asisten a las reuniones para padres convocadas por las escuelas, apoyan los equipos deportivos de sus hijos, se reúnen con otros miembros de su familia y participan en diversas organizaciones religiosas y cívicas. Más aún, la economía en California no depende sólo del trabajo de un sexo, como ocurrió durante la vigencia de los programas de contratación temporal, sino que California parece depender igualmente de la fuerza de trabajo de mujeres inmigrantes mexicanas y latinas. La remuneración de sus trabajos permanece abajo de los estándares, especialmente si se toma en cuenta el sostenimiento de la vida familiar; por eso precisamente es que requieren apoyos públicos.

Aunque el desenlace de la 187 permanece atorado en las cortes, la facilidad con la que fue aprobada mayoritariamente en California ha rejuvenecido la política anti-inmigrante en un nivel nacional. El triunfo de la proposición 187 impulsó otras propuestas nacionales que negaran beneficios estatales y a modificar la enmienda 14 a la Constitución. Quienes defienden esas medidas argumentan que la

¹² Las campañas contra los inmigrantes no siempre han logrado producir el efecto deseado. La histeria anti-inmigrante y las propuestas nacionales para restringir los

enmienda 14, originalmente hecha para revertir la decisión de Dred Scott y garantizar la ciudadanía a los hijos de los esclavos, funciona ahora como un imán que atrae a personas "ilegales" a parir hijos en territorio norteamericano. Irónicamente, a partir de mi investigación, mi trabajo como activista y mis experiencias laborales, recuerdo a una sola mexicana inmigrante que me haya dicho que estaba satisfecha de haber tenido a sus hijos en Estados Unidos. Las inmigrantes mexicanas paren en los Estados Unidos porque ahí viven y trabajan. Sin embargo, esto no es lo importante, pues las propuestas contra la enmienda 14 tratan menos de resolver los factores ocultos de la inmigración y más de forzar el trabajo coercitivo que despoja de derechos a los trabajadores inmigrantes y a sus familias. Al igual que con la propuesta 187, las propuestas para negar beneficios públicos a los inmigrantes ya legalizados o para negar la ciudadanía por nacimiento -*ius solis*- a las criaturas nacidas en Estados Unidos de progenitores indocumentados, tratan fundamentalmente de circunscribir aún más como "extranjeros" a quienes son de ascendencia latinoamericana, caribeña o asiática.

Las naciones suelen cambiar la definición de quién pertenece a ellas, pero los esfuerzos programáticos para excluir a sus miembros pueden producir contracorrientes. Los trabajadores inmigrantes latinos en California siguen alimentando las filas de los sindicatos militantes. En Los Angeles, el sindicato local de empleados de hotel y empleados de restaurantes es bien conocido por su creativo activismo, y la asociación *Justice for Janitors* (Justicia para los porteros), integrante del Sindicato Internacional de Trabajadores de Servicios (Local 399) reúne a 8 000 miembros y recientemente ganó una

derechos legales de los residentes permanentes legales empujó a un proceso veloz de naturalización, especialmente entre mexicanos, que son recalcitrantes para cambiar de nacionalidad. Durante la campaña por la 187, las peticiones de ciudadanía aumentaron en todo el territorio norteamericano, pero mucho más en Los Angeles. El periódico *Los Angeles Times* reportó que, durante abril de 1995, las oficinas de la INS en Los Angeles estaban "recibiendo cerca de 2500 solicitudes de ciudadanía al día, un crecimiento 10 veces mayor que la proporción 18 meses atrás"; véase Patrick J. McDonnell, "Applications for Citizenship Soar in L.A.", *Los Angeles Times*, 10 de abril de 1995, pp. A1, A14. De acuerdo con un comentarista, "muchas personas buscaron convertirse en ciudadanos norteamericanos porque estaban asustadas"; véase George Ramos, "The Frigh Factor as an Incentive to Seek Citizenship," *Los Angeles Times*, 10 de abril de 1995, p. B3.

batalla con los patrones de mantenimiento)³ Los latinos ya constituían el grupo de mayor crecimiento de votantes en California, pero los agresores anti-inmigrantes aparentemente han engrosado las filas de los futuros votantes latinos, ya que los inmigrantes legales se apuran a convertirse en ciudadanos norteamericanos." Quienes apoyan la 187 también han fomentado una nueva generación de activistas estudiantes preparatorianos y universitarios latinos con posturas progresistas.

En el futuro, frenar las agresiones y discriminaciones contra los inmigrantes requiere desarrollar nuevos discursos políticos y un nuevo liderazgo, para reunir en coaliciones amplias al activismo fragmentado. El movimiento por los derechos de los inmigrantes que rejuveneció en los ochenta con la protesta contra la Simpson-Rodino, hoy es fortalecido por los esfuerzos de un grupo comprometido y trabajador de apoyo legal, organización laboral y por grupos cívicos y religiosos. Los obstáculos para organizar un movimiento proactivo eficaz son intrépidos y demasiado numerosos para enumerarlos aquí; sin embargo, falta un importante eslabón en el debate: la cuestión ética de ordenar la separación transnacional de la vida familiar y la laboral. Necesitamos desarrollar nuevos discursos sobre los derechos de los inmigrantes que reconozcan y enfrenten algunas "verdades incómodas" sobre el uso de la educación pública y los recursos públicos por los infantes indocumentados; que reconozcan el derecho a esos recursos médicos y educativos, y que defiendan el derecho a vivir en una familia y una comunidad. También requerimos análisis que enfrenten no sólo el imaginario racista, sino también el misógino, que tanto se utiliza en las campañas contemporáneas anti-inmigrantes.

La votación de la propuesta 187 codifica un ataque a las familias inmigrantes de México y otras partes, pero esta gente no se va a ir a su casa porque su casa está en California y no se pueden cortar estas raíces.

Traducción: Marta Lamas

³ Eric Mann, "Janitors Win a Measure of justice", *Los Angeles Times*, 11 de abril de 1995, p. B7.

⁴ Harry Pachon, "A Flirtation with the GOP Turns Cold", *Los Angeles Times*, 6 de noviembre de 1994, p. M5.